

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

GUTIÉRREZ, D., *Los Agustinos en la Edad Media (1256-1356)*. Institutum Historicum Ordinis Fratrum S. Augustini. Roma 1980, 21 x 15, 280 p.

Hablar del P. David Gutiérrez y presentarle aquí como historiador serio, metódico y concienzudo de la Orden de San Agustín, estaría tan fuera de lugar, como señalar en esta breve reseña los muchos trabajos y estudios históricos que avalan nuestro aserto.

Uno de ellos, el volumen que tengo delante sobre la historia de la Orden agustiniana y que se refiere a la Edad Media, concretamente, al siglo que va desde la llamada «Gran Unión», hasta mediados del siglo XIV.

Tengo que confesar que ya desde mi juventud, en que me sentí inclinado por estos temas, me preocupó ese punto, que nadie me explicaba con claridad y solamente sabía de unos «ermitaños» anteriores al 1256, donde nació prácticamente la Orden Mendicante de los Ermitaños de San Agustín...

Más adelante, leyendo algunos estudiosos y no menos amantes que el P. Gutiérrez de la Orden de san Agustín, me fui enterando de algún detalle más sobre la misma materia. Ahora, después de leído este libro, puedo decir que tengo una idea mucho más clara, lo cual siempre es agradecer al autor del mismo y, por ello, vaya por delante nuestro aplauso y más calurosa felicitación.

El P. Gutiérrez comienza su meritoria tarea recordando a los historiadores agustinos que más ayuda le han prestado en la composición de este volumen y de los otros dos, ya publicados, que compendian la historia de la Orden de san Agustín hasta el 1648.

De compendio se trata aquí también; pero ajustado, riguroso y metódico. Dedicó una introducción sobre la bibliografía moderna del monacato agustiniano; lo que fue y significó este mismo monacato en la Europa medieval; la influencia que tuvo la «Regula ad servos Dei», y el porqué de llamarnos «agustinos».

Entrando luego con la historia propiamente dicha, relata y nos pone al corriente de las distintas Congregaciones que se hallaron presentes en la «Grande Unión» de 1256; con la expansión posterior de la Orden, su nueva estructura y sus nuevas Constituciones.

Un capítulo más para asuntos de gobierno, hasta el 1356, con los sucesores del primer General, Lanfranco, y los colaboradores de éstos; la observancia y vida común de aquellas comunidades religiosas de la Baja Edad Media, con su culto litúrgico, su oración y sus severas penitencias corporales.

Mención especial se merece el capítulo dedicado a los estudios, y a lo que fue llamada «Escuela Agustiniana», que tanto contribuyó al progreso de la escolástica, con las figuras señeras de Egidio Romano, Santiago de Viterbo, Agustín de Ancona, Gregorio de Rímmini...

Tras dedicar un recuerdo a los autores espirituales y al origen de las bibliotecas, la obra del P.

Gutiérrez termina con dos hermosos capítulos: uno destinado a los agustinos que trabajaron de lleno en el sagrado ministerio, y el último consagrado a las agustinas.— Teófilo Aparicio López.

UÑA JUÁREZ, O., *Castilla, Plaza Mayor de soledades*. Ed. Vox, Madrid 1980, 19 x 14, 156 p.

Releer, es decir, volver a leer versos de Octavio Uña Juárez, sobre el tema que le ha obsesionado toda su vida, que exprime y agota, con su canto elegíaco y nostálgico, sobre «su Castilla», es como añorar un tiempo glorioso y perdido, una región sufrida, desmoronada y rota, una Castilla que es hoy «Plaza Mayor de soledades».

El poeta de Zamora —poeta de nostalgias de una tierra noble—, es, al mismo tiempo, el poeta que reflexiona y hace reflexionar, analizando el ayer histórico, el hoy angustioso y el mañana, acaso esperanzador, de la patria chica y grande que le vio nacer.

El ensayista y fino escritor que es Lain Entralgo lo ha dicho muy bien: Octavio Uña Juárez es un joven profesor y un joven poeta que, con su palabra, está ayudando de forma considerable a que Castilla y León sean aquello que sus sufridos y heroicos moradores quieren que sean... Su Antología poética nos invita a reflexionar con hondura sobre esa Castilla que se muestra diáfana a cuantos hombres y mujeres se esfuerzan en contemplarla desde sus ángulos más verdaderos.

Octavio Uña Juárez, al escribir sus versos sobre Castilla, tiene muy presente a los grandes y universales Unamuno y Machado. Pero, mientras para el vasco Unamuno Castilla fue ante todo «motor y motivo de transfiguración personal, rugosa palma de una mano que le ensalzaba hacia lo que agónicamente él quería ser; para el andaluz Machado Castilla era tierra de lírica efusión o tema de épica doliente: pueblo que puso a Dios sobre la guerra, mujer envuelta en harapos despreciadores; para el castellano Octavio Uña, Castilla, en cambio, es carne de su propia carne, recuerdo y latido de su propia estirpe, piedra o adobe de su propia casa».

Para nuestro poeta —querido amigo—, poeta de Zamora y castellano, Castilla es hoy «mujer que se esconde en adobe». Pero él —y con él, nosotros— espera que aquella Castilla que fue libertad —«mi sangre te soñó libre»—, debe vivir ahora de pie y erguida —«de pie te quiere el destino»—; porque han pasado muchos años y aun siglos, y «hoy no es ayer».

Octavio Uña conoce, lo mismo que a Unamuno y a Machado, a Cadalso y Ganivet, a Macías Picavea y a Joaquín Costa... Pensará, como ellos, que Castilla tiene aún futuro; que será, al cabo de su descomunal aventura de antaño, una doncella que todavía no ha realizado su histórico y más propio destino...

En lo que al libro concreto se refiere, «Castilla, Plaza Mayor de soledades», es una antología de versos que ya habían aparecido en otros libros, como «Escritura en el agua», «Edades de la tierra», «Antemural», «Usura es la memoria». Lo nuevo aquí es su concreción, su ajuste, su cintura más estrecha y estrechada a lo que es el alma y el arma de Castilla.

Lo mismo ocurre con el lenguaje. Nuestro poeta aprieta más, si cabe, la sintaxis, encela mejor el ritmo, ajusta mejor y son más graves sus figuras poéticas, se nos retrata mejor y nos obliga a meditar en el reino interior, en la entraña viva, donde late Castilla en toda su dinámica espiritual y literaria.— Teófilo Aparicio López.

PRIETO VEGA, M., *Gabriela Vicario. Alegría y esperanza*. Ed. Estudio Agustiniiano, Valladolid 1980, 21 x 14, 289 p.

Una biografía es menos —así pienso yo— la noticia exacta, la exacta determinación de fechas y sucesos, que algo más fluido e inefable. Cuando se trata de un personaje de gran dimensión histórica, ya los eruditos —esos hombres pacientes y admirables— han puntualizado todos los acontecimientos de su vida. Pero cuando se trata de un personaje oscuro y acaso enclaustrado, su vida, al darla a luz, debe ir acompañada de un colorido, de un ambiente y de otros personajes subalternos que la hagan amena. Sobre todo, debe darnos y reflejarnos el alma y la riqueza interior que se esconde en el personaje estudiado.

Y esto es lo que ha pretendido hacer —y creo lo haya conseguido— el P. Manuel Prieto con su biografiada, una agustina de clausura, del convento de Villadiego.

No abandonará, por supuesto, el dato y la fecha. Que esto no se debe dejar. Pero ya en la introducción, y a modo de mensaje, el autor nos hace ver que esta monja agustina tiene muchas cosas que decir a los jóvenes y mayores, desde el silencio de un retiro voluntariamente escogido para toda su vida. Con su *perenne* sonrisa y su *semblante amable* —la fotografía de la portada no refleja lo que fue de verdad—, reflejo de la paz y de la serenidad que abrigaba en su interior, Gabriela es una constante invitación a la confianza en sí misma y a la esperanza frente a la incertidumbre de un futuro impenetrable.

Efectivamente, la vida de esta mujer humilde y santa de verdad quedaría bien reflejada en las palabras de su autor: «La niña huérfana de Tarradillos de Sedano (Burgos) sentó cátedra, a lo divino, en Villadiego, recién estrenado el siglo XX, dictando sublimes lecciones de todas las virtudes, hasta el 14 de diciembre de 1963, fecha de su tránsito a las moradas de la luz y de la paz».

El P. Prieto, buen conocedor de las monjas de clausura, pues no en vano ha sido su Asistente religioso durante varios años, toma de la mano a Gabriela Vicario —«la niña más guapa del pueblo»—, me la hace caminar por su pueblo natal, que lucha hoy por la supervivencia, por este pueblecito burgalés de casas colgadas de ambas laderas y divididas en dos grupos casi iguales, con la pena del hermano muerto en la «Guerra de África» y el padre poco tiempo después, hasta ingresar en un convento de clausura.

Luego, allí, en aquel remanso de paz, será modelo de virtudes. Con cargos y sin ellos —Gabriela Vicario fue Maestra, Vicaria y Abadesa—, hasta hacer un viaje, ya muy anciana, a Valladolid por el mes de abril de 1955, para asistir a las sesiones constitutivas de la Federación de religiosas de clausura, según la Constitución Apostólica del papa Pío XII, «*Sponsa Christi*».

En esta ocasión la conoció el que esto escribe; y entonces pudo comprobar la talla excepcional de esta mujer, todo bondad y sencillez, pero, al mismo tiempo, abierta a los nuevos tiempos que recomendaba el papa.

Y murió en su convento de Villadiego, remozado y renovado, tanto en personal, como en «hábitat». Había cumplido los 71 años de edad y 58 de vida religiosa.

Y al final, de nuevo el mensaje de alegría y esperanza de Sor Gabriela, la «Corderilla», la monja de la sonrisa *perenne*, de la serenidad imperturbable y de la inalterable paz.

Que todo esto encontramos en este libro, ágilmente escrito, en un estilo entre clásico y barroco, directo y muy ameno, que es como escribe el autor, P. Manuel Prieto Vega.— Teófilo Aparicio López.

RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, L., *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid*. Ed. Gráficas Andrés Martín, Valladolid 1981, 24 x 17, 416 p.

Ante todo, vaya por delante mi reconocimiento y caluroso aplauso a la labor que están llevando a cabo, de conjunto, el Ateneo de Valladolid y la Caja de Ahorros Popular de la misma ciudad. Sólo por este libro, bien vale la pena el entusiasmo de la primera y el mecenazgo de la segunda.

En cuanto al autor de esta obra —alardé de impresión y lujo de ilustraciones, tenemos que decir que se trata de Luis Rodríguez Martínez, licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca y en Filosofía y Letras, con premio extraordinario, por la de Valladolid.

Un estudioso de verdad, dotado de una gran capacidad de trabajo y que, durante su estancia en Valladolid, se enamoró de tal manera del monasterio de San Benito el Real, hasta ofrecernos hoy, como fruto de aquel amor y trabajo, esta importante obra sobre su vida y vicisitudes desde sus días fundacionales en tiempos de Juan I de Castilla, hasta la llegada de los carmelitas descalzos y su reciente restauración de su templo, debido en gran parte a la Venerable Orden Tercera del Carmen.

Con este libro se ha cerrado —pienso yo— el maleficio a que se refería el historiador Antonio de Yepes, cuando decía que a la Congregación de San Benito de Valladolid le habían faltado historiadores que engrandecieran sus cosas, pero no cosas que merezcan ser engrandecidas.

El propósito del autor es dar a conocer «someramente la labor del monasterio vallisoletano, tanto en su aspecto reformador, como en el artístico, pues, como afirma García M. Colombás, «la historia vallisoletana amplia, viva, aleccionadora, que todos deseamos, no será posible sino después de pacientes labores preparatorias».

Y a fe que lo ha conseguido. A lo largo de su lectura, uno se va enterando de que el monasterio de San Benito el Real de Valladolid fue origen y cabeza de una Congregación a la que pertenecieron la mayoría de las grandes abadías españolas, entre ellas Samos, Silos y Sahagún.

El libro comienza, después de una muy completa y metódica bibliografía, por el capítulo fundacional, a finales del siglo XIV. Destaca luego el capítulo dedicado a los primeros benedictinos vallisoletanos, su vida religiosa y su liturgia solemne; el consagrado después a narrar la historia de los priores perpetuos, trienales y abades que crearon y rigieron la Congregación, estos últimos ya dentro del siglo XVI y algunos de ellos contemporáneos del cardenal Cisneros, el cual bien poco tuvo que hacer con los benedictinos, pues la reforma ya estaba en marcha, aunque hubieran existido grandes dificultades y no pequeñas resistencias por parte de algunos monasterios dependientes del de Valladolid.

Pero Luis Rodríguez Martínez no agota aquí la materia de su obra. Se ocupa más adelante de la conducción de aguas del monasterio y a la ciudad del Pisuega, desde la antigua fuente del Argales; del arte arquitectónico y escultórico que guardaba entre sus muros tan rico monasterio, hoy en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid; con el magnífico retablo de Alonso Berruguete, vírgenes Dolorosas y bellas pinturas de Sancho de Rojas, que se nos han ido al Museo del Prado.

Finalmente, abandonando el monasterio con la «Desamortización» de Mendizábal, fueron los carmelitas Descalzos los que ocuparon, desde el año 1897, el templo, quienes los restauraron con la valiosa colaboración de la Orden Tercera, y los que ahí están entregados al culto de la iglesia, mientras otros dan clase en la Universidad o colaboran en revistas de la Orden, como el propio autor de este libro.— Teófilo Aparicio López.

PALOMARES IBÁÑEZ, J. M.^a, *Valladolid 1900-1931. Historia de Valladolid VII*. Ed. Ateneo de Valladolid. Gráficas Andrés Martín. Valladolid 1981, 22 x 16, 150 p.

Jesús M.^a Palomares, catedrático de Historia de la Universidad de Valladolid, nos regala en este pequeño volumen un precioso documento del Valladolid a comienzos del siglo XX, hasta la venida de la Segunda República.

Con un método rigurosamente histórico, comienza por el saludo con que César Silió cantaba el amanecer del siglo que está para morir, entonces «tan preñado de esperanzas», y que él no deseaba se trocaran en desengaños. Atrás ha quedado la losa de la pérdida de las últimas colonias, sin que todavía se hayan superado sus efectos, ni las quejas, porque España sigue «sin pulso», que diría don Francisco Silveira.

Pero es precisamente en este amanecer del siglo XX cuando la ciudad del Pisuega comienza a forjar su historia contemporánea, aflorando «realidades y ritmos nuevos, sin romper con el patrimonio del pasado».

Valladolid, por aquel entonces, contaba con poco más de setenta mil habitantes. Treinta años más tarde, cuando adviene la Segunda República, se acercaba a los cien mil.

La ciudad irá creciendo con sus problemas: con el paro, las huelgas y las reivindicaciones; con la educación y la asistencia especial; con su Ayuntamiento, sus alcaldes famosos y sus concejales; con sus líderes políticos; con sus prelados —Cascajares, Cos y Gandásegui—; con su prensa —El Norte de Castilla, sobre todo, de quien se ha servido casi exclusivamente el autor para este trabajo—; con su resurgir regionalista y cultural —Narciso Alonso Cortés, Royo Villanova, Cossío, García Valladolid— con su economía, pequeña industria, comercio en esplendor e importante agricultura.

Palomares ha trabajado este pequeño volumen con mimo. Y prueba de ello son los planos, estadísticas, y censos que van estampados a lo largo de su contenido; para terminar con una serie de «Apéndices» que hacen relación a los mayores contribuyentes, vecinos de Valladolid, con de-

recho a ser compromisarios para Senadores en 1911; otros que se retiraron a obras de beneficencia y a los resultados de las elecciones municipales de 1901 a 1931.

El libro termina con «El Mensaje a Castilla», aparecido en «El Norte» el 6 de diciembre de 1918 y que, a buen seguro, lo ha puesto el autor porque muchos de sus términos recobran actualidad hoy en día.— Teófilo Aparicio López.

I. BARBAGALLO, OAD, *Sono venuto a portare il fuoco sulla terra. Lineamenti di spiritualità missionaria degli Agostiniani Scalzi*. Roma (1979), pp. 264 (= Quaderni di spiritualità agostiniana, 4).

El contenido de este «Quaderno» corresponde perfectamente al segundo título (que hubiera podido ser el primero), pues describe la espiritualidad misionera de los Agustinos Descalzos de la Congregación de Italia y Alemania, vista a la luz de las principales figuras de la Congregación, misioneras y no-misioneras.

Se compone este estudio de siete capítulos, de los cuales el cap. I (pp. 15-25) trata de los orígenes de la Congregación; el cap. II (pp. 27-52) presenta varias figuras eminentes, como los PP. Juan de San Guillermo, Alipio de S. Juan, Anterio de S. Buenaventura etc; el cap. III (pp. 53-86) pasa revista al ejemplo misionero en los Descalzos de España (Recoletos) y de Francia, y trata también del apostolado de los Descalzos de Italia y Alemania entre los herejes y turcos; el cap. IV (pp. 87-110) narra las primeras tentativas de actividad misionera propiamente dicha entre los Descalzos; el cap. V (pp. 111-136) está centrado en la figura del misionero P. Juan Mancini, fundador de la misión de los Agustinos Descalzos en el Vietnam del Norte (llamado durante los siglos pasados Tunquín); el cap. VI (pp. 137-165) trata de los otros misioneros destinados al Vietnam, algunos de los cuales o murieron antes de entrar en la misión o apenas habían entrado en ella; el cap. VII, último del libro, (pp. 167-238) está dedicado enteramente a la labor misionera del P. Hilario de Jesús (Costa), que llegó a ser Vicario Apostólico del Tunquín Oriental y obispo titular Coricense. Él es, sin duda, la figura más bella entre todas las que desfilan en las páginas de este libro. Los últimos párrafos del mismo capítulo VII narran la supresión, por parte de Propaganda Fide, de la misión de los Agustinos Descalzos en el Tuntín.

El estudio termina con la formulación de nueve conclusiones (pp. 239-241), con el elenco de las fuentes y bibliografía (pp. 243-247), el índice de las ilustraciones (pp. 249-250), un índice de personas y lugares (pp. 251-260) y el índice general del contenido de la obra (pp. 261-264).

El estudio está enriquecido con 37 páginas (de las numeradas) de ilustraciones, casi todas a plena página. De ellas 15 son incisiones del libro titulado: *Virorum illustrum...*» (cfr. Bibliografía), y otras 15 son facsímiles de la escritura de los misioneros más destacados, tomadas de cartas y otros escritos suyos.

Al autor es preciso agradecerle sinceramente el esfuerzo realizado para presentar esta síntesis de la espiritualidad de los Agustinos Descalzos en su aspecto misionero. Se lo agradecerán especialmente sus hermanos de hábito, a quienes ayuda válidamente a hacer ese viaje de retorno a las fuentes, como lo inculca la Iglesia. Pero el argumento interesa también, más en general, a toda la familia agustiniana.

Se trata de una exposición documental, clara, inteligible y satisfactoria, de un tema monográfico bien definido. A la verdad, el tema misionero en los dos primeros capítulos está traído un poco por los pelos, mientras que en los capítulos siguientes está más justificado. Singularmente interesante es el capítulo dedicado a Mons. Costa, que el autor ha tenido que sintetizar y que se hubiera podido ampliar notablemente, queriéndolo, dada la importancia del personaje estudiado y la abundancia de material en el archivo de propaganda Fide y otros, y dada su implicación con la historia general de las misiones en el lejano Oriente.

Salvo mejor juicio, a nuestro modo de entender, resulta de mal gusto ir a buscar inspiración misionera en figuras del alto medioevo e incluso de la antigüedad cristiana, como S. Severino o S. Patricio, a quienes sólo la falta de crítica propia de los siglos pasados hizo miembros de la Orden agustiniana y a quienes hace tiempo que no se cuenta entre nuestras filas. De buscar inspiración

agustiniana en la Orden ahí están las páginas que las provincias de Portugal, de Castilla y Filipinas han dejado escritas en la cristianización de muchas zonas del mundo misionero. Todo ello no lo desconoce el autor. El P. DAVID GUTIÉRREZ, *Historia de los Agustinos...*, vol. II, pp. 106-107, tiene ya escrito cómo no fue el P. Andrés Díez (no Díaz) el fundador de los Agustinos Descalzos, sino el P. Ambrosio Staibano. Fray Luis de León fue uno de los cuatro Definidores de la Provincia de Castilla que, junto con el Provincial, firmaron las primeras normas de vida de los Recoletos, pero no el redactor único de las mismas, como en este estudio se insinúa (p. 54). A san Agustín se le puede llamar legislador de la Orden Agustiniana, pero no fundador, como lo hace el autor en la p. 57 y en otras. Fray Tomé de Jesús nada tiene que ver con el nacimiento de los Agustinos Descalzos, como sabe todo el que conozca un poco la vida del célebre escritor agustino portugués. A nuestro juicio, el origen de la descalcez entre los Agustinos no fue una necesidad de la reforma postridentina de la Orden, como indica el autor en la p. 35, sino el resultado de un fenómeno de modo o de imitación (Carmelitas descalzos) que interesó a varias otras Órdenes antiguas (Franciscanos, Carmelitas, Trinitarios, Agustinos). Tal movimiento entre los Agustinos jamás influyó en la reforma de la Orden, ya que desde muy pronto se alejó de su jurisdicción en la vida práctica, ni pudo añadir al calendario agustiniano (como en otras familias religiosas) ni un solo beato ni un solo santo, sino sólo muchos Venerables (un título que la Iglesia reserva para aquellas personas cuya causa de beatificación se ha incoado, mientras que entre los Agustinos Descalzos lo dispensaba generosamente el Definitorio mediante decreto de ordinaria administración).

Estos son, a nuestro entender, los méritos y las limitaciones del estudio que presentamos, de cuya utilidad no puede abrigarse la menor duda.— C. Alonso.

ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA, *History of Negros*. Translated from the original Spanish by Alfonso Félix Jr. and Sor Caritas Sevilla. Manila 1980, pp. X-474 (= Historical Conservation Society, XXXII).

Este estudio es la tesis doctoral presentada por el autor en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pont. Universidad Gregoriana de Roma, publicada en su integridad, con excepción de la Introducción, fuentes y bibliografía y los tres apéndices que tenía el trabajo original.

Más de una mitad, la parte central relacionada con el aspecto eclesialístico de la isla de Negros, se había publicado anteriormente en *Missionalia Hispanica* 30 (1973) 49-95, 257-297; 31 (1974) 75-124.

Este trabajo de investigación, que se ocupa de la historia tanto civil como religiosa de la isla de Negros (la 4.ª por extensión entre las del archipiélago magallánico), se compone de tres partes, repartidas en doce capítulos. En ellos se abarca el período que va desde el descubrimiento de Filipinas en 1565 hasta la independencia de las Islas en 1898. Estos períodos llevan su respectiva caracterización y división cronológica de esta manera: 1.º período: de la transculturación (1565-1660), años yermos el 2.º período (1660-1800), y época de las reformas (1800-1898) el tercero.

La época más próspera de la historia de Negros corresponde al período posterior al año 1848, en que fue encomendada a los Agustinos Recoletos la administración espiritual de la isla. Ellos han realizado en Negros una labor ingente tanto civilizadora como religiosa. Ello explica el interés del autor por este tema como materia para su tesis.

Queda ya insinuado que se trata de un estudio de la máxima solvencia: perfectamente documentado y expuesto con ponderación de juicio y sobriedad de redacción. En cuanto a la traducción inglesa hemos notado una adaptación inspirada en criterios de sensibilidad nacional filipina, que se explican sin esfuerzo. Así, por ejemplo: el primer período, que en el original español se llamaba: «Proceso de transculturación», en inglés suena así: «The Coming of the West» etc. Pero, en general, a lo largo de las páginas del texto, la traducción sigue con fidelidad la redacción española.

Algún defecto externo, que no interesa a la sustancia, se encuentra. Por ejemplo, en las pp. 36-39 ha habido algún descuido, pues el texto y las notas no coinciden; en la p. 70, en lugar de escribir el nombre de D. Pedro de Arce, OSA, correctamente, se ha escrito: D. Felipe de Arce,

ORSA, etc. Pero son cosas que suceden, como en este caso, cuando al autor no se le da la posibilidad de controlar de cerca la edición de su obra.

En resumen, el estudio del P. Ángel Martínez Cuesta que presentamos es una aportación muy valiosa a la historia monográfica de la Iglesia en Filipinas. Será ciertamente saludado con placer este libro no sólo por sus hermanos de hábito, protagonistas en la cristianización de la isla de Negros, sino también por todos los estudiosos de la historia nacional filipina, especialmente por los cultivadores del ramo de la historia eclesiástica.— C. Alonso.

CILLERUELO, J. L., *El caballero de la estrella. (Semblanza del padre Francisco Aymerich 1888-1979)*. Ediciones Monte Casino, Zamora 1981, 21 x 16, 166 p.

Como en el mismo título se indica, se trata de una semblanza breve y bien lograda, donde se recogen los datos de la vida y obra de un caballero catalán, que salió de las merindades de su tierra para seguir la estrella de su vocación religiosa en la Orden de San Agustín hasta el punto de castellanizarse con una castellanía franca y quijotesca en busca de la perfección. Aunque hablaba bien el catalán e incluso llegó a servir de maestro en su infancia al eminente P. Font, le resultaba difícil escribirlo en los últimos años, mientras lo seguía leyendo con gusto sin hacer alardes de catalanismo.

El enigma quijotesco de su vida se aclara en esta biografía con sus 12 capítulos y la dedicación dividida en dos puntos introductorios, *una semblanza y la estrella*, que reflejan las estaciones del calvario de su vida hasta terminar el día 27 de febrero de 1979.

Su autor, el P. Lope Cilleruelo, conocía bastante bien al P. Aymerich, por tenerle primero de pedagogo y luego muchos años de compañero, utilizando su *diario personal*, informes de otros religiosos y sus *memorias* escritas por encargo del P. General Teodoro Tack en 1974, con mucha delicadeza, demasiado genéricas y poco concretas (p. 103).

En la biografía se dan algunos detalles interesantes de su vida y de su entorno histórico como pedagogo, Secretario provincial del P. Gaudencio Castrillo, Definidor Provincial con el P. Polanco, prior de Valladolid, su estancia en la cartuja de Zaragoza, prior de Valencia de D. Juan (1938-1945), sus andanzas por el Ecuador (1952-1959) y su trabajo de bibliotecario en Valladolid con sus manos codiciosas y desgastadas de tanto catalogar códices viejos, libros y revistas. El estilo ágil del P. Lope, un poco entrecortado y rayano en la gracia picaresca, hace agradable la lectura, aunque no todos los lectores entiendan lo que quiere decir al no poder llenar algunos vacíos.

Este libro es un buen homenaje al P. Aymerich para perpetuar su memoria. Incluso puede servir algún día para introducir su canonización. Se nota la ausencia de una fotografía, que recordara su figura erecta, seria y vertical con la frente despejada y los pelos blancos y de punta, semejante un poco a la de D. Quijote. Parecía frío, como hecho de piedra, y sin embargo tenía un enorme calor humano cuando se le trataba de cerca. Su recia figura encorvada últimamente por el peso de los años estaba informada y regida por una intensa vida espiritual. La falta de la foto y otras deficiencias pequeñas, como inexactitudes debidas a la brevedad, no restan méritos a esta publicación, que está siendo bien acogida, por lo que felicitamos a su autor.— F. Campo.

F. X. MARTÍN, OSA, *Confusion Abounding: Bernard O'Higgin, OSA, Bishop of Elphin, 1542-1561*. Separata de *Studies in Irish History presented to R. D. Edwards*. Edited by Art Cosgrove and Donal Mc Cartney. Dublin, University College, 1979, pp. 37-84.

El P. Martín presenta en este estudio la primera biografía seria del agustino irlandés Bernard O'Higgin, obispo de Elphin en Irlanda, que murió exilado en el convento agustiniano de Villaviçiosa en Portugal, después de haber recibido hospitalidad también en los conventos españoles de Burgos, Madrid y Toledo, en 1563.

Hemos dicho que es la primera biografía seria, pues lo que existía antes no eran sino brevísimas notas biográficas que podía uno leer en los normales repertorios agustinianos, que no pasaban de pocas líneas. Para reconstruir esta su semblanza biográfica el P. Martín ha aprovechado todos los datos que ha encontrado en los manuales agustinianos (subrayamos al historiador agustino español Román), así como también de historia de la Iglesia en Irlanda.

Se trata, pues, de un estudio monográfico ejemplar, llevado a cabo con mano maestra y con gran dominio del tema. En efecto, el P. Martín, en colaboración con el P. Alberico de Meijer, había publicado ya hace años las mejores piezas que le han servido ahora para la reconstrucción de esta biografía. Ellas, incorporadas a sus amplios conocimientos de la historia local en el período inmediatamente posterior a la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia, le ha permitido darnos un cuadro convincente del mundo religioso en que se movió y fue parcialmente protagonista Bernardo O'Higgin.

La historiografía agustiniana queda deudora al autor de este estudio por tan bella aportación.— C. Alonso.

B. DOTTO, OAD., *Il P. Antero M. Micone da S. Bonaventura Agostiano Scalzo*. Profilo biografico e spiritualità. Notizie di storia genovese. Roma 1978, pp. 155 (= Quaderni di spiritualità agostiniana, n. 3).

El autor, que en la actualidad es Definidor y Archivero General de su Orden de Agustinos Descalzos, con sede en Roma (Piazza Ottavilla, 1), presenta en este libro la biografía de uno de los miembros más eminentes de su Orden, el P. Antero María (Micone) de S. Buenaventura, el cual carecía de una semblanza biográfica moderna.

Nacido el P. Antero en Setri Ponente, a pocos kilómetros de Génova, en 1620, murió en Novarino Nuovo (Morea, en el Peloponeso, Grecia) el 7 de julio de 1686. Las etapas de su vida las puntualiza suficientemente el autor, siguiendo las biografías manuscritas del P. Antero, singularmente la del P. Carlo Giachinto, que fue discípulo predilecto del propio P. Antero María.

Profeso en 1636, el P. Antero se ordenó sacerdote en 1643, siendo destinado al convento de Sestri Ponente el mismo año para ejercer el sacerdocio, especialmente la predicación. Allí permaneció hasta 1647, en que fue trasladado al convento de Trione (1647-1650). Fue después sucesivamente vice-maestro (1650-1653) y maestro (1653-1656) de profesos. Apenas nombrado maestro de novicios en 1656, sobrevino la peste en Génova, por lo que no pudo ejercitar su oficio; por el contrario se dedicó generosamente al cuidado espiritual y material de los apestados hasta el mes de enero de 1658, en que terminó el flagelo. De esta triste época escribió después el P. Antero su primer libro sobre los lazaretos de Génova, obrita que ha proporcionado al autor de esta monografía material para una buena parte de su trabajo (pp. 43-38, cap. I-VII de la segunda parte, de las tres de que se compone el libro).

El P. antero fue sucesivamente maestro de novicios (1659-1661), prior del convento de San Remo, entonces en fase inicial (1661-1663) y Comisario General en Alemania y Bohemia (1663-1665). Dejado sin oficios por un año en la paz de su convento de Génova, por esa época preparó algunas de las obras que publicó más tarde. En 1574 es nombrado nuevamente maestro de profesos, ejerce el oficio de prior de S. Nicolás de Génova durante los años 1679-1680, el de provincial de la provincia de Génova durante el trienio 1680-1683, el de capellán de los soldados durante el bombardeo francés de Génova en 1684 y el de capellán de la nave de Génova mandada por la escuadra pontificia y las naves de Venecia a la guerra del Peloponeso en 1886, donde murió en la fecha y lugar indicados.

La mayor importancia de la figura del P. Antero está en su cualidad de escritor. Son siete las obras de que tenemos noticia: la indicada ya sobre los lazaretos de Génova (1658), un comentario a los Hechos de los Apóstoles (1681) y otro a los salmos, en 3 volúmenes (1673), su «Auri gemmarumque fodina» (1677), la reducción y adaptación de esta en lengua italiana: «Svegliatoio de' sfacendati e stimolo daffacendati per ben impiegar il tempo» (1679), un «Discorsi quadragesimali» (1679) y una biografía de Sta. Clara de Montefalco, que señala el bibliógrafo de los Agustinos Descalzos, P. Celestino Tani, y de la que no hace mención el P. Dotto.

Es sabido —y lo indica el autor— que dos de estas obras, «Auri gemmarumque fodina» y «Svegliatoio» fueron mandadas al Índice de los libros prohibidos «donec corrigatur», respectivamente en los años 1683 y 1684, y así figuran en dicho Índice incluso en sus ediciones modernas.

La semblanza del P. Dotto, que no pretende ser (como él mismo confiesa) un trabajo de investigación histórica, sino una obra de divulgación y edificación, cumple una misión bien precisa: la de actualizar una biografía, que sólo existía en trabajos manuscritos, y la de delinear los trazos fundamentales de la espiritualidad de este autor agustiniano del s. XVII. La lectura resulta estimulante por el garbo y modernidad del lenguaje usado en redactarla. Felicitamos al P. Dotto por esta contribución a la historiografía de su familia religiosa, que nos interesa a todos los agustinos.— Carlos Alonso.